

V.

LOS DENIQUOISEAUX *.

Sobre poco mas ó menos á ese sábado, pasado por sieur Clubin en Torteval, se refiere un hecho singular, que en un principio metió poco ruido en el pais, y de que solo mucho tiempo despues se vino en conocimiento.

Porque, como acabamos de hacerlo notar, muchas cosas permanecen ignoradas á consecuencia del asombro mismo que han causado á los que han sido testigos de ellas.

En la noche del sábado al domingo (precisamos la fe-

* Adulteracion de la palabra francesa *deniche-oiseaux*. No tiene equivalente en castellano, no estando aceptado el vocablo desnidadores. Significa: cogedores de nidos de pájaros.—(N. del T.)

cha y la creemos exacta), tres chiquillos escalaron el tajo de peñas de Plainmont. Los tres chiquillos regresaban á la aldea. Venian del mar. Eran, como se llaman en el dialecto local, «*déniquoiseaux*.» Léase deniche-oiseaux. Donde quiera que cerca del mar hay costas bravas y bajadas y rocas con grietas, los muchachos cogedores de nidos abundan.

Algo hemos dicho ya de eso. Rucuérdese que Gilliatt se ocupaba de ello, con motivo de los pájaros y de los chiquillos.

Los *déniquoiseaux* son una de las especies de pilluelos del Océano, poco meticulosos.

La noche era muy oscura. Densas superposiciones de nubes encapotaban el cénit. Acababan de dar las tres de la mañana en la torre de Torteval, que es redonda y puntiaguda y se parece al sombrero de un mago.

¿Por qué esos rapaces volvian tan tarde á su casa? La razon es muy sencilla. Habian ido á coger nidos de pavio-
tas, en el Tas de Pois d'Aval. Habiendo sido la estacion muy apacible, los amores de los pájaros habian empezado muy prematuramente.

Los tres chiquillos, observando las idas y venidas de los machos y de las hembras alrededor de sus nidos, y distraidos por el encarnizamiento de su persecucion, habian olvidado la hora. El flujo les habia asediado; no pudieron ganar á tiempo la pequeña ensenada en que habian dejado amarrado su bote, y tuvieron que aguardar en una de las puntas del Tas de Pois que la marea bajase.

Hé aquí esplicada su peregrinacion nocturna. Regresos semejantes son esperados por la febril inquietud de las madres, las cuales, tranquilizadas al volver á ver á sus hijos, gastan su alegría en cólera y la disipan en coscorrones. Por eso ellos estaban inquietos, y se daban prisa en volver, pero tenian la manera de darse prisa del que al mismo tiempo desea retardarse, manera que contiene cierto deseo de no llegar. Tenian en perspectiva un abrazo complicado con una zurra.

Solo uno de los tres muchachos no tenia nada que temer, porque era huérfano.

Habia nacido en Francia, no tenia padres conocidos, y en aquel momento se alegraba de no tenerlos. No habiendo nadie que por él se tomase interés, nadie le casaría.

Los otros dos eran guernesianos, de la misma parroquia de Torteval.

Escalada la alta cumbre de rocas, los tres buscadores de nidos llegaron á la meseta en que se levantaba la casa hechizada.

Empezaron por tener miedo, que es el deber de todo pasajero, y principalmente de todo chiquillo, en aquel sitio y hora.

Ganas tuvieron de salvarse á todo correr, y ganas tambien de detenerse para mirar.

Se detuvieron.

Miraron la casa.

Era toda negra y formidable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aparecía, en medio de la desierta meseta, como un pedrusco oscuro, como una escrecencia simétrica y repugnante, una elevada mole cuadrada con ángulos rectilíneos, algo parecida á un enorme altar de tinieblas.

La primera idea que á los chiquillos se ocurrió fue huir; la segunda fue acercarse.

No habian visto jamás aquella casa en semejantes horas. La curiosidad de tener miedo existe. Habia con ellos un muchacho francés, lo que hizo que se acercasen.

Sabido es que los franceses en nada creen.

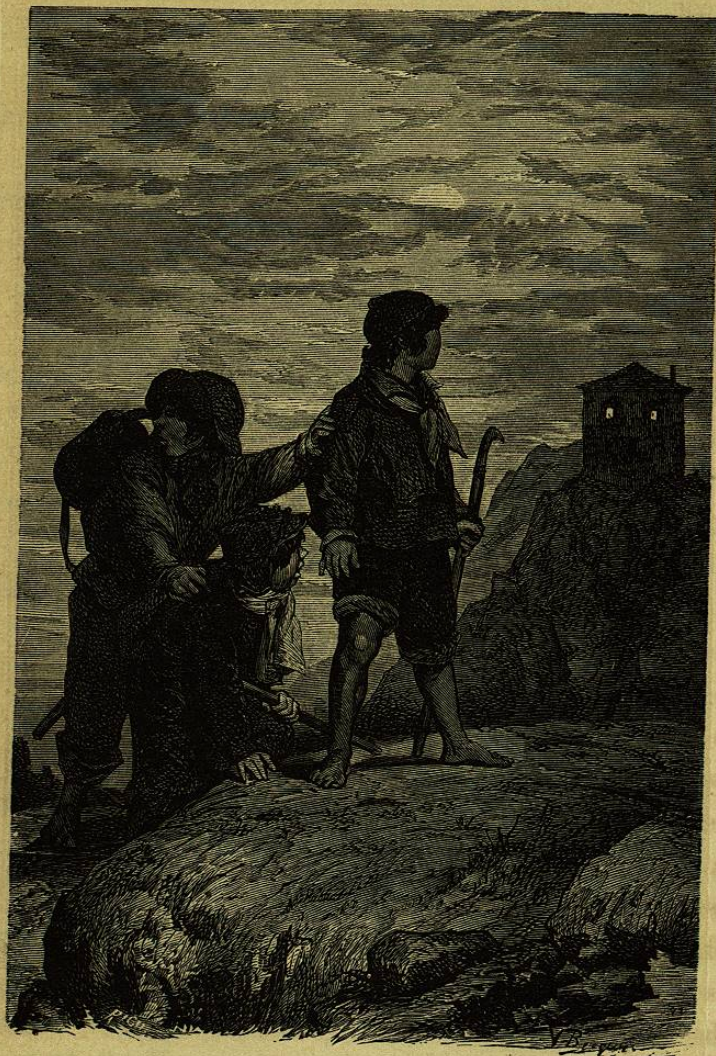
Además, la circunstancia de ser muchos en el peligro tranquiliza; el tener miedo tres, anima á los tres.

Y luego, se trata de cazadores, de niños, que son tres y no suman juntos treinta años; que buscan, que escudriñan, que espían las cosas ocultas, ¿cómo detenerse en el camino? meten la cabeza por un agujero, ¿cómo no meterla por otro?

El que está cazando se siente arrastrado por su pasión; el que vá de descubierta obedece á su afán de descubrir.

Habiendo registrado tanto los nidos de los pájaros, entra el prurito de registrar un poco el nido de los espectros. Huronear en el infierno, ¿por qué no?

De un pájaro á otro se llega hasta el demonio. Después de los gorriones vienen los duendes. Se quiere saber á qué atenerse respecto de todos esos miedos que nuestros padres nos han imbuido. Ningun camino es tan resbaladizo como el que lleva á seguir la pista de las brujas de los



LOS CAZADORES DE NIDOS.

cuentos. Es tentadora la ocasion que se presenta de saber tanto sobre el particular como nuestras abuelas.

Todo este torbellino de ideas, en estado de confusion y de instinto en el cerebro de los buscadores de nidos guernesianos, dió por resultado su temeridad. Se dirigieron á la casa.

El rapaz que servia á los otros dos de punto de apoyo de su bravura, era digno del papel que se habia impuesto.

Era un muchacho resuelto, aprendiz de calafate, uno de esos niños ya hombres, que se acuestan en el taller sobre un monton de paja, que se ganan la vida, que tienen una voz gruesa, que trepan sin ninguna dificultad por paredes y árboles, que han trabajado en las recorridas de buques de guerra, era un hijo del azar, producto de una chiripa, huérfano alegre, nacido en Francia, y no se sabe en qué punto, dos razones para ser audaz, no reparando en dar una moneda á un pobre, muy pícaro, muy bueno, rubio hasta ser casi rojo, y que habia hablado á parisienses.

A la sazon ganaba un chelin diario calafateando barcas de pescadores que estaban reparando sus averías en Pêqueries. Cuando se le antojaba, se concedia vacaciones, y se iba á coger nidos. Tal era el francesito.

La soledad del sitio tenia algo de fúnebre. Se sentia la inviolabilidad amenazadora. Aquella meseta, escueta y silenciosa, ocultaba á muy poca distancia en el precipicio su combadura inclinada y fugitiva. El mar callaba. No habia viento. Los tallos de yerba no se movian.

Los cazadores de pájaros avanzaban con lentitud, con el francesito delante, mirando la casa.

Mas adelante uno de ellos, refiriendo la aventura ó lo poco que de ella recordaba, añadía:

«La casa no decia nada.»

Se aproximaban reprimiendo su aliento, como si se hubiesen aproximado á una fiera.

Habian ganado el ribazo ó terromontero que habia detrás de la casa y que por el lado del mar iba á parar á un pequeño istmo de rocas poco practicable; habian llegado bastante cerca de la casa; pero no veian mas que la fachada del Sur, que estaba toda murada; no se habian atrevido á volver á la izquierda, lo que les hubiera supuesto á ver la otra fachada en que hay dos ventanas, lo que es terrible.

Sin embargo se animaron, habiéndoles dicho en voz baja el aprendiz de calafate: viremos á babor. Aquel lado es el bueno. Es menester que veamos las dos ventanas negras.

«Viraron á babor» y llegaron al otro lado de la casa. Las dos ventanas estaban alumbradas.

Los guernesianillos huyeron.

Cuando estuvieron lejos, el francesito se volvió.

—¡Qué rareza! dijo, ya no hay luz.

En efecto, no habia ya claridad en las ventanas. La silueta del edificio se dibujaba, como recortada, en la difusa lividez del cielo.

No se disipó el miedo, pero volvió la curiosidad. Los cazadores de nidos se acercaron nuevamente.

De pronto, en las dos ventanas á la vez, la luz reapareció.

Los dos mocitos de Torteval pusieron otra vez los pies en polvorosa y se salvaron. El diablillo francés no avanzó, pero tampoco retrocedió.

Se quedó inmóvil, con el rostro vuelto á la casa, y mirándola.

La claridad se estinguió, y luego brilló de nuevo. Nada mas horrible.

El reflejo formaba un vago reguero de fuego sobre la yerba mojada por la humedad de la noche. Hubo un momento en que el resplandor dibujó en la pared interior del edificio grandes perfiles negros que se movian y sombras de cabezas enormes.

No teniendo la casa techos ni tabiques y estando reducida á las cuatro paredes y al tejado; no podia salir luz de una ventana sin que saliese tambien de la otra.

Viendo que el aprendiz de calafate no abandonaba su puesto, los otros dos rapazuelos volvieron, paso á paso, uno tras otro, curiosos y trémulos.

El aprendiz de calafate les dijo en voz baja:—Hay aparecidos en la casa. He visto la nariz de uno.—Los dos chiquillos de Torteval se agazaparon detrás del francés, y poniéndose de puntillas, tomándole por escudo, oponiéndole al objeto de su terror, tranquilizándose al considerar que le tenian colocado entre ellos y la vision, miraron tambien por encima de sus hombros.

Parecia que el edificio á su vez les miraba tambien. En